





JORGE DE LEONARDO

CA  
LI  
MA

Platero  
*COOLBOOKS* 

Título: Calima

Primera edición: enero, 2025

© 2025, del texto Jorge de Leonardo.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 978-84-10062-88-7

*A mi padre, allá donde esté.*



# ÍNDICE

Prólogo.....	9
Capítulo 1 .....	11
Capítulo 2 .....	13
Capítulo 3 .....	17
Capítulo 4 .....	19
Capítulo 5 .....	21
Capítulo 6 .....	25
Capítulo 7 .....	27
Capítulo 8 .....	31
Capítulo 9 .....	35
Capítulo 10 .....	37
Capítulo 11 .....	43
Capítulo 12 .....	45
Capítulo 13 .....	51
Capítulo 14 .....	53
Capítulo 15 .....	55
Capítulo 16 .....	59
Capítulo 17 .....	63
Capítulo 18 .....	67
Capítulo 19 .....	71
Capítulo 20 .....	75
Capítulo 21 .....	77
Capítulo 22 .....	83
Capítulo 23 .....	87
Capítulo 24 .....	89
Capítulo 25 .....	93

Capítulo 26 .....	95
Capítulo 27 .....	99
Capítulo 28 .....	101
Capítulo 29 .....	105
Capítulo 30 .....	111
Capítulo 31 .....	115
Capítulo 32 .....	119
Capítulo 33 .....	121
Capítulo 34 .....	123
Capítulo 35 .....	125
Capítulo 36 .....	129
Capítulo 37 .....	133
Capítulo 38 .....	135
Capítulo 39 .....	139
Capítulo 40 .....	143
Capítulo 41 .....	147
Capítulo 42 .....	151
Capítulo 43 .....	153
Capítulo 44 .....	157
Capítulo 45 .....	159
Capítulo 46 .....	163
Capítulo 47 .....	167
Capítulo 48 .....	171
Epílogo .....	173
Agradecimientos.....	177

# PRÓLOGO

*Jerusalén, hace 2000 años*

La muchedumbre se agolpaba a ambos lados del camino, extramuros de la ciudad. A pesar de que la mañana no estaba muy avanzada, el sol apretaba ya de forma inmisericorde; pero al gentío no parecía importarle. El sendero conducía a la colina, que los habitantes de Jerusalén llamaban Gólgota. En la cima, tres vigas de madera desafiaban al azul deslumbrante del cielo esperando a sus víctimas.

Jesús, al que algunos conocían como «el Mesías», caminaba de lado a lado, luchando por no caer de nuevo. No le afectaba el criterio de la multitud, ni los salivazos en su cara ensangrentada ni el descomunal peso del madero sobre el cuello y los hombros. Solo anhelaba cumplir la misión que le había sido encomendada.

Apenas unas pocas mujeres mostraban compasión por un hombre que les había transmitido paz en el alma y esperanza en un futuro incierto. Una de ellas, de nombre Verónica, se apostaba en primera fila, intentando eludir el cerco de los soldados romanos que vigilaban ese tramo del recorrido para evitar altercados. Cuando Jesús llegó a su altura, se trastabilló. Verónica aprovechó la confusión de la caída para arrodillarse junto a un rostro en el que, de manera caótica, se mezclaban barba, sangre y sudor. La mujer lo ayudó a ponerse de rodillas, no sin esfuerzo; sacó de un lateral de la túnica un paño de lino blanco, doblado en tres partes, y,

con mucha delicadeza, trató de limpiarle la cara. Solo retiró el paño al notar cómo dos de los soldados la levantaban con suma violencia para devolverla a su sitio.

Por un instante, sus miradas se cruzaron. En los ojos hinchados del Mesías no había odio ni rencor; únicamente, resignación. No iba a haber un día hasta su muerte en que Verónica no recordase aquellos ojos. Observó con detenimiento el paño, que todavía agarraba con fuerza. Relajó la mano, agarrotada por la tensión, y quedó maravillada: los rasgos del que iba a ser crucificado se habían quedado impregnados en la tela.

Lo último que vio fue a su vecino Simón, empujado por uno de los soldados, ayudando al Mesías a portar el madero hasta lo alto de la colina. La mujer salió corriendo con la vista nublada y el corazón desbocado, buscando la seguridad del hogar dentro de la ciudad.

# CAPÍTULO 1

*Alicante, en la actualidad*

Un año más, la peregrinación había sido un éxito. Miles de romeros habían vuelto a rezarle al Santo Rostro de Cristo, expuesto en la plaza, en una primavera que explotaba, tras un invierno gris, sucio y de alcantarillas saturadas. El monasterio de la Santa Faz era testigo directo del fervor de la gente, y sor Lucía se sentía privilegiada y feliz en esos momentos. Las imágenes del día anterior se agolpaban en su cabeza; quería retenerlas a toda costa. Llevaba solo unos meses con las Hermanas Lateranenses y tenía la imperiosa necesidad de absorberlo todo.

Sor Lucía no era un caso habitual. Con apenas treinta años y teniendo un contrato fijo en un despacho de abogados, sintió la llamada de Dios una tarde de domingo en misa. Sin pareja y sin hijos que la ataran, dejó el trabajo de un día para otro y la casa de sus padres, y pidió el ingreso definitivo en el convento tras una preparación específica. Todas las mañanas era la primera en llegar a la iglesia, antes de laudes. Le gustaba orar a solas al amparo de la luz mortecina de las velas. Sentía como propia la tristeza que desprendía la mirada del lienzo del Santo Rostro, y eso hacía que rezase con más ansia.

Se dirigió al altar mayor por la nave central, y lo rodeó para encaminarse hacia el camarín. Aplicar en su vida las mismas rutinas le daba seguridad y, por eso, siempre

realizaba el mismo ritual. Todavía con el sueño pegado en la cara, se arrodilló y sus ojos oscuros se dirigieron hacia Él. Se quedó petrificada, de su garganta emergió un grito desgarrador y perdió la conciencia.

# CAPÍTULO 2

*Madrid, en la actualidad*

Un crepúsculo cobrizo se derramó a través de la ventana sobre una mesa en la que imperaba de todo menos el orden: libros desparramados, decenas de folios, bolígrafos de varios colores, una taza de café vacía..., y, en el centro, ajeno al caos, un portátil que reproducía las letras del teclado con aséptica eficacia.

Tirso Cuevas se levantó de la silla para bajar un poco la persiana y aprovechó para estirar espalda y brazos. Solo había parado lo justo a la hora de comer y ya notaba los ojos irritados. Apartó con la mano el flequillo castaño, del que ya se escapaba alguna hebra gris, y su mirada azul celeste se dirigió inconscientemente a la pantalla. Le estaba resultando muy difícil desconectar, habida cuenta de que tenía que entregar el libro a la editorial a primeros de septiembre. «Parece que en vez de ocho meses han pasado ocho días desde que pedí la excedencia», reflexionó, contrariado.

Profesor de Historia Contemporánea en un instituto, a sus cuarenta y un años y sin cargas familiares, había aceptado el encargo de escribir un ensayo sobre la primera guerra carlista. Vivía en un estudio, herencia de sus padres, y había ahorrado lo suficiente como para permitirse la licencia de estar un año sin trabajar. Su mundo giraba en torno a la escritura, acudir todas las mañanas a primera hora a un

gimnasio cercano a su casa y a puntuales citas, que no siempre terminaban bien.

Apagó el portátil sin preocuparse de ordenar la mesa. Hacía calor en el pequeño salón; mayo había tardado en entrar, aunque, finalmente, aquel martes había conseguido arrastrar meses de bruma y vapor.

Sonó el timbre de la puerta.

Excepto comerciales de empresas de electricidad y gas, a los que despedía con un «hola y adiós», y un par de amigos que de vez en cuando iban a tomar unas cervezas, nadie solía adentrarse en su diminuto refugio. Atisbió por la mirilla: un hombre entrado ya en años, cabellera plateada abundante y bigote tupido a juego permanecía en el descansillo con los brazos cruzados.

—Cuando dejes de observarme, ¿podrías abrir la puerta, por favor? —pidió el «hombre-plata» con naturalidad.

—¿Quién es usted? —preguntó Tirso, intrigado.

—Puedo decírtelo sin que haya un obstáculo de por medio?

Por alguna razón que Tirso no comprendía, el «hombre-plata» le inspiraba confianza. Abrió la puerta. Unos ojos cálidos, color otoño, escrutaban al historiador. El recién llegado sonrió, mientras le tendía la mano, y decenas de arrugas surgieron por encima de los pómulos. Era una sonrisa franca, limpia.

—El portal estaba abierto. Mi nombre es Rafael Minas.

—Tirso correspondió al saludo, apretándole la mano sin demasiada convicción.

—No me suena su nombre; ¿nos conocemos?

—Sí y no —contestó ambiguo—. ¿Puedo pasar?

Tirso se colocó de lado y le hizo un ligero gesto con la cabeza, apuntando hacia el salón.

—Si tiene calor, deje la chaqueta en el perchero de detrás de la puerta; «como si estuviera en su casa» —ironizó el profesor—. ¿Quiere beber algo?

—No, gracias, Tirso.

En cuanto Rafael Minas pronunció su nombre, a Tirso le saltaron todas las alarmas. Subió la persiana para observar detenidamente a su visitante. La estancia se tiñó de escarlata con los últimos rayos del sol. Las pupilas azules del historiador demandaban respuestas.

—Como te he dicho, me llamo Rafael y durante muchos años trabajé en la Brigada de Investigación de Patrimonio Histórico.

—¿Es usted policía?

—Subinspector ya jubilado.

—¿Y qué quiere de mí?

—Que me ayudes con una investigación. —Minas hablaba tranquilo. Tirso lo miró como si estuviera loco.

—¿Yo? ¿Se ha pasado con el lúpulo? ¿Y por qué tendría que ayudarle?

El tiempo se detuvo un instante. El policía cogió aire y, soltándolo poco a poco, confesó:

—Porque fui muy amigo de tu padre.



# CAPÍTULO 3

El avance inexorable del reloj había ido difuminando los recuerdos, como ese barco que se pierde en la línea del horizonte, mimetizado con la neblina. Al catedrático de Historia Medieval, Alonso Cuevas, lo visitó la parca una noche de noviembre, veinticinco años atrás. Un infarto, según le contó a Tirso su madre, con la cara hinchada por el llanto y la ausencia de horas de sueño.

Lo que jamás olvidaría ese adolescente de apenas dieciséis años sería el sonido de minúsculas dagas transparentes, chocando contra el féretro e interpretando una melodía tan melancólica como el ambiente plúmbeo que dominaba el cielo de Madrid.

Desde ese día, Tirso odiaba la lluvia. Con cada nueva tormenta, iba olvidando más las facciones de su padre; no así la imagen del ataúd, que seguiría nítida, de ello estaba seguro, hasta que subiera a la balsa de Caronte.

—La primera ocasión en la que Alonso colaboró con la Brigada fue por el robo de varias tallas medievales en La Rioja. La investigación no avanzaba. Al inspector jefe se le ocurrió tirar de algunos hilos externos, y apareció tu padre, que era una eminencia. Trabajé codo con codo con él, y el caso se resolvió. A partir de ahí, y de forma esporádica, me asesoraba en cuestiones que yo desconocía, a pesar de que me licencié en Historia del Arte. Todo ello derivó en una gran amistad.

El cristal de la ventana tamizaba una luz ya tenue, en una tarde que se extinguía, y creaba una atmósfera apta para las confidencias. Mano a mano, sentados en el sofá.

—Mis padres nunca me lo dijeron. Cuando se iba de viaje varios días, pensaba que era para impartir conferencias, charlas... —Tirso trataba de analizar la información recibida y, sobre todo, de procesarla.

—No se lo reproches, las investigaciones debían efectuarse con la máxima discreción, y tú eras un chiquillo —se justificó el policía.

—Un chiquillo que ahora peina algunas canas. No se ande con rodeos, ¿para qué me necesita? Estoy muy ocupado; tengo que entregar un libro en tres meses y voy con retraso.

—Quiero que mañana me acompañes a Alicante...

—¿Alicante? —le cortó el profesor—, es usted muy mayor para mí. En la playa nos mirarían todos.

—Veo que has sacado el mismo sentido del humor que Alonso. Nos llevaremos bien —comentó Minas, satisfecho.

—¿Nos llevaremos? Creo que no me ha entendido. Yo no voy a ir a ningún sitio. —Tirso se levantó del sofá como un resorte y se dirigió a la cocina, integrada en el salón, para beber un vaso de agua.

—Pues he sacado dos billetes de tren. —El policía le lanzó un órdago.

—¿Qué se le ha perdido allí? —preguntó el historiador con curiosidad.

Rafael supo que había ganado. Se incorporó y se plantó delante de Tirso:

—¿Has oído hablar de la Santa Faz?

# CAPÍTULO 4

El AVE engullía los kilómetros con ansia, dejando tras de sí una estela de polvo y fuego. Desde que habían salido de Madrid, policía y profesor habían adoptado un mutismo autoimpuesto; uno esperando que el otro le pidiera explicaciones, y el otro esperando que se las dieran. La tranquilidad que transmitía Rafael Minas exasperaba a Tirso. A mitad de camino, el profesor intentó ponerlo a prueba:

—Todavía no me ha pedido disculpas por traerme en clase turista. Ya que me ha sacado de mi casa y he aparcado la escritura del libro, por lo menos podría haber tenido el detalle de comprar billetes en preferente.

—La pensión de un jubilado no es para tirar cohetes —se defendió Minas, encogiendo los hombros.

Justo en ese instante, pasó una azafata con el carrito de las bebidas. Pidieron dos cafés. El aroma dulce y afrutado, más el efecto de la cafeína, consiguió que las lenguas se desataran y comenzase la tan esperada exposición por parte del policía de lo que se iban a encontrar en Alicante.

—Ayer te pregunté por la Santa Faz. ¿Has podido investigar algo?

—Poco; estuve buceando un rato por la red, luego metí cuatro cosas en la maleta, cené y me acosté. Es el rostro impreso de Jesucristo en un trozo de lienzo, ¿no?

—¿Qué conoces de la subida de Jesús a la cima del Gólgota? —lo interrogó Minas, acercándose el vaso a los labios.

—Supongo que lo que todo el mundo. Se cayó varias

veces llevando la cruz y un hombre lo tuvo que ayudar hasta el final de la ascensión. ¡Ah!, y dos ladrones fueron crucificados con él. No obstante, la catequesis me queda ya un poco lejos; no me considero una persona de fe. —Tirso apuró el café y tiró el vaso a la papelera del asiento.

—Aquel hombre se llamaba Simón de Cirene y lo obligaron a llevar la cruz. Bueno, mejor dicho, el madero transversal. Uno de los errores más comunes es pensar que Jesús cargaba con la cruz entera. Antes de que Simón cogiera el madero, una mujer, llamada Verónica, se acercó a Jesús y con un paño de lino le limpió la sangre y el sudor de la cara. De forma inexplicable, las facciones de Cristo se quedaron impresas en la tela.

»Lo curioso es que parece ser que el paño se encontraba doblado en tres partes, y el rostro se quedó dibujado en las tres. Con el paso del tiempo, y muchas vicisitudes que no vienen al caso, cada una de ellas acabó en un emplazamiento diferente: Manoppello, en Italia, Jaén y Alicante.

Cuando el policía finalizó el relato, la mirada de Tirso era una mezcla de incredulidad y hastío. No quería ser demasiado duro con su acompañante. En ese momento, era uno de los vínculos que le quedaban con su padre. Por mantener su memoria estudió la carrera de Historia, pero esto que le había contado aquel hombre...

—¿Es usted consciente de que me especialicé, sobre todo, en el siglo XIX? No tengo ni idea de Historia Antigua, y menos de la bíblica. Desconozco en qué puedo serle útil.

Rafael Minas lo escrutó intensamente. Se formó una cápsula en la que ninguno de los dos veía ni escuchaba lo que sucedía a su alrededor. Solo ellos, sentados en aquel vagón, ajenos a la realidad.

—El monasterio de la Santa Faz de Alicante custodia una de las partes del lienzo. Mejor dicho, custodiaba; la madrugada del domingo al lunes fue robada. Hace veinticinco años, tu padre y yo impedimos su robo allí mismo. Tenemos que hallar el paño, Tirso. Se lo debemos a él.

# CAPÍTULO 5

El sol del mediodía arrojaba tiras blanquecinas contra el mar, y el agua salada las proyectaba contra los edificios de la ciudad. Tirso cerró los ojos y realizó una profunda inspiración de humedad y salitre. Se puso sus Ray-Ban, que siempre lo acompañaban, y siguió a Rafael Minas con la estación a su espalda.

La camiseta blanca y ajustada se le pegaba al cuerpo por efecto del sudor. En cuanto dio dos pasos, se arrepintió de llevar pantalones vaqueros. Lo curioso era que el policía no parecía afectado por el calor y caminaba a buen ritmo.

—Si quiere, puede transportar también mi maleta.

—El hotel es ese de ahí enfrente. —Minas obvió el comentario—. Lo he reservado porque se encuentra al lado de la estación.

—No sabe lo que se lo agradezco —aseguró Tirso, quitándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—¿No eras tú el que iba al gimnasio todos los días? —le preguntó el policía, divertido.

—En el gimnasio no hace treinta grados con el setenta por ciento de humedad.

Al entrar en la recepción, el contraste del bochorno de la calle con el aire acondicionado del establecimiento hizo estremecerse a Tirso, aunque lo agradeció.

—Entiendo que son habitaciones individuales, ¿no? Todavía no nos conocemos. —El profesor se dirigió a la recepcionista.

—Hay reservada una habitación doble a nombre de Rafael Minas —contestó la mujer, algo incómoda.

—Así está bien —intercedió el policía—. Aquí tiene mi DNI.

Tirso lo miró furioso, pero no dijo nada. No quería montar un espectáculo delante de la recepcionista. Minas cogió la tarjeta de la habitación 203 y fue directo al ascensor. Una vez en el interior, el profesor explotó:

—¿Habitación doble? Hace veinticuatro horas no sabía ni quién era usted...

—Lo siento, de verdad. No sabía que te iba a afectar tanto. Cuando vayamos a Jaén, reservaré habitaciones individuales. —El ascensor paró en la segunda planta; sin embargo, Tirso no se movió.

—A Jaén? A cada hora que pasa, me encuentro con una nueva sorpresa. Usted me va dando la información en forma de píldoras, que yo voy tomando de una en una, a su conveniencia.

—Es mejor así. Confía en mí y sal del ascensor.

El profesor suspiró, resignado. Había decidido acompañar al policía en algo que se le antojaba una locura, y tenía que adaptarse a sus normas. Además, flotaba en el ambiente la sombra de Alonso Cuevas, que se extendía poco a poco como el aceite de una botella resquebrajada. Tirso era la marioneta y Rafael Minas el que tiraba de los hilos, al menos de momento.

El agua fría de la ducha actuó de bálsamo. Con la toalla anudada a la cintura, Tirso se acercó a la ventana en un vano intento de comprobar que el asfalto candente ya no era tal. Iba a volver hacia el baño cuando fue presa de un fagonazo, quizás pura intuición, pero tuvo la inquietante sensación de que alguien lo estaba observando desde el otro lado de la calle, junto a un contenedor de vidrio. «Tengo que relajarme;

habrá sido personal del hotel reciclando botellas», pensó sin estar del todo convencido.

Minas lo esperaba en el coqueto restaurante, situado en la planta baja. Minúsculas gotas resbalaban por su leonina melena hacia el cuello de la camisa.

—Se me va a resfriar si no se seca bien el pelo —soltó el profesor a modo de saludo —, y no quiero que me lo pegue. Recuerde que casi compartimos el mismo lecho.

—Tirso. —El gesto serio de Minas para que bajase la voz no auguraba buenas noticias—. Creo que nos están vigilando.

Contrariamente a lo que había previsto el policía, Tirso no mostró sorpresa. Señaló con la cabeza el contenedor que se veía desde su mesa del restaurante a través de una gran cristalera. Minas lo animó con los ojos a que tradujera ese gesto con palabras.

—Al salir de la ducha, he creído ver a alguien, aunque se ha esfumado rápido. ¿Y usted?

—Uno nunca deja de ser policía; muchos años en el oficio.

—Entiendo.

Hay silencios que son como una vela iluminando una estancia y conversaciones estériles que pueden llegar a apagarla. Fueron dos minutos sin abrir la boca. Dos minutos de medirse, de analizarse, de comprenderse. Una pregunta del historiador quebró el aire:

—Mi padre era catedrático de Historia Medieval. ¿Por qué le pidió usted ayuda sobre una supuesta reliquia del siglo I?

—Alonso no solo era una eminencia del Medievo; sentía auténtica fascinación por la Sábana Santa de Turín, el Santo Sudario de Oviedo y el paño de Verónica con el rostro de Jesús —le aclaró Minas—. Si accedió, fue porque, cuando se lo pedí, se encontraba escribiendo un ensayo en el que relacionaba las similitudes de esas tres reliquias. De hecho,

viajó en su día a Turín y a Oviedo a indagar en archivos, a entrevistarse con historiadores, arqueólogos y científicos... Con el chivatazo que recibimos en la Brigada sobre el posible intento de robo del monasterio de la Santa Faz, le ofrecimos la excusa perfecta para venir a Alicante y poder acceder al paño sin problemas.

Un camarero apareció para tomarles nota. «Caña, ensalada ilustrada y merluza a la plancha para los dos». Otra vez solos. Poca gente en el restaurante y la pregunta de Tirso, cuya respuesta ya conocía de antemano:

—Vamos a adentrarnos en algo muy peligroso, ¿verdad?

Rafael Minas contempló, orgulloso, al hijo de su amigo. «Sabía que no me defraudarías». Asintió ligeramente y desvió la mirada hacia una calle inundada de sol y amenaza.